

Juan Abugattás, *Indagaciones filosóficas sobre nuestro futuro*, Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos/UNESCO, 2005, 199 pp.*

La publicación de esta obra de Juan Abugattás, entrañable maestro y amigo, contribuirá, sin duda, a la tarea de acopiar sus escritos y ponerlos al alcance de los peruanos, cuyo destino fue el eje de su pensamiento y acción. Hombre cabal, Juan Abugattás vivió con intensidad el Perú, atento siempre, con una inusual lucidez, a nuestro destino como colectividad en el panorama universal. Con una brillante carrera académica, sustentada en su excepcional nivel intelectual, bien podría haber buscado otros rumbos, distantes de un país en permanente crisis, un país que algunos, desmoralizados por las circunstancias adversas, juzgan poco propicio para la vocación intelectual. De él aprendimos el valor del compromiso intelectual, moral, con la condición humana, con el destino de nuestra gente, sin el cual el ejercicio del pensamiento deviene formal, privado de sustancia vital, presa de la frivolidad, cuando no cínico e instrumental a los poderes de turno.

Nuestro hondo aprecio por su contribución académica se sustenta en la profundidad intelectual y moral de su pensamiento que, no obstante, tuvo siempre la rara virtud de transmitir con sencillez, claridad y belleza.

El texto que hoy presentamos contiene un conjunto de ensayos recopilados temáticamente y siguiendo un orden cronológico, para posibilitar el seguimiento de la evolución de su pensamiento. Un primer grupo de ensayos, atiende a la encrucijada histórica en que se halla la humanidad como resultado de la hegemonía global del proyecto civilizatorio de la modernidad, que ha conducido a un orden intrínsecamente excluyente y adverso a la expansión de la vida. En ellos podemos apreciar el permanente alcance universal de su reflexión, atenta a las corrientes epocales de mayor envergadura y en permanente y tenso ejercicio de prospectiva respecto a las posibilidades de preservar los valores centrales del humanismo, puestos en cuestión

* El filósofo peruano Juan Abugattás, profesor de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y de la Universidad de Lima, falleció prematuramente en Lima, el 14 de junio de 2005. Poco antes de morir, concibió y corrigió las pruebas de la obra que aquí se comenta. La reseña que publicamos es una versión corregida del texto que el filósofo sanmarquino Zenón Depaz leyó durante la presentación pública de dicha obra, en noviembre de 2005. Agradecemos a Zenón Depaz por cedernos generosamente su texto.

por aquel orden que corre parejo con la artificialización que la tecnociencia –elemento central en el proyecto moderno– genera.

Un segundo grupo de ensayos da cuenta de los motivos centrales de su reflexión sobre el Perú y su destino. Efectuando un balance de los proyectos que le dieron origen, atiende a los retos y posibilidades de una acción colectiva tendiente a construir hoy, en esta parte del mundo, una comunidad inclusiva y viable, en un nuevo horizonte civilizatorio, universalizable.

Cabe notar que los textos que hacen parte de esta recopilación fueron provistos por el propio autor, quien, no obstante su convalecencia, alcanzó, en un gesto amable, a bosquejar la introducción que allí reproducimos. Subyace a todos ellos la convicción de que la humanidad se halla en una encrucijada sin parangón en la historia previa, en virtud al alcance de su acción, potenciada a niveles inimaginables por la tecnociencia emergida con la modernidad. Por ello, su diagnóstico de las posibilidades que contiene el proyecto moderno de vida presta particular atención al papel de la ciencia y la tecnología en la configuración de este orden civilizatorio, poniendo de relieve los presupuestos ontológicos, gnoseológicos, antropológicos y valorativos en que se sostiene, en una perspectiva que ensaya una epistemología crítica, distante del discurso de los “manuales beatos de epistemología” que suponen una ciencia pura, axiológica, ética y políticamente neutral.

Nuestro filósofo hace notar que la invención de la ciencia moderna correspondió a la invención del individuo, tipo humano característicamente moderno, que se concibe a sí mismo emancipado de la naturaleza o, más bien, ajeno a ella, y que, en esa medida, aquella forma de saber conlleva un proyecto de poder bajo la forma de dominio sobre la naturaleza. Sujeto de necesidades y pasiones –móviles básicos de su conducta– para las que no reconoce límites, el individuo moderno construye un mundo sustentado en una racionalidad tendiente a satisfacerlas. En ese horizonte axiológico, la ciencia constituye la razón al servicio de las pasiones. Para mejor satisfacerlas, toma distancia del mundo sensible, inmediato y complejo, buscando su simplificación, abstrayendo algunos componentes suyos, separándolos para recombinarlos según sus propios propósitos. En tal sentido, la ciencia conduce intrínsecamente a la alteración y recomposición de la naturaleza, por tanto, la tecnología es realización suya, conduciendo a una artificialización del entorno y, en definitiva, del propio individuo.

La tecnociencia sirve así a la liberación de las pasiones, presididas por el afán de dominio, de control, eficiencia y rendimiento, referentes axiológicos que conducen a la cibernética, cuyo imperio, paradójicamente, pone en cuestión los ideales modernos de autonomía y libertad humanas, en tanto termina unciendo al individuo

a la lógica de la eficiencia, como criterio funcional que define su grado de realidad, sustrayéndolo a consideraciones de orden moral.

No obstante, a juicio de nuestro pensador, tal artificialización habría alcanzado un punto de no retorno que define el horizonte de nuestras opciones, tanto por las expectativas de vida de la gente, imposibles de satisfacer sin soporte tecnológico, como por su número sin precedentes. Antes de culminar el siglo pasado superamos la barrera de los seis mil millones de seres humanos. Pero, al mismo tiempo que advierte de los peligros que ello entraña, sostiene que estos derivan de que aquella artificialización se halla presidida por una concepción del hombre, de los fines de su existencia y de bienestar, enteramente discutibles, que, por tanto, propone revisar radicalmente, apostando a una transformación cualitativa de la ciencia, la tecnología y los términos de su mediación en la relación entre el hombre y la naturaleza; a una artificialización no destructiva, que atienda a la expansión de la vida, sentando las bases de una nueva civilización, sustentada en una moral universal, inclusiva.

Percibiendo este momento como umbral de un periodo de cambios sin precedentes, que configurarán un futuro con poca semejanza con lo que hubo o lo que hay, nos convoca a una toma de posición, señalando que las formas que tome ese futuro dependerán de las opciones del presente. Los grupos privilegiados pugnan por mantener el orden de las cosas en una lógica crecientemente excluyente y depredadora, pero precisamente las condiciones que sostienen sus privilegios –nos dice– precipitan las tendencias al cambio radical, cuya materialización dependerá de una firme opción por la vida y la defensa de la dignidad humana, posibilidad que supone tomar el partido de los marginados, de quienes preservan con su propia existencia, enfrentada a las más duras condiciones, la convicción humanista de que la más miserable de las vidas humanas tiene valor.

La preservación de la vida humana con respeto de su dignidad, en un mundo artificial, extremadamente vulnerable como el que ya se configura ante nuestra vista, exige pensar un orden global en que la libertad y la autonomía no podrán corresponder a las del individuo egoísta y agresivo moderno, ellas no podrán ser irrestrictas; lo cual significa que habrá premisas de la vida colectiva no sujetas a debate. De allí la convicción de nuestro filósofo respecto a la necesidad de una autoridad mundial que asegure la convivencia en un mundo sin exclusiones. Probablemente, este aspecto resulte particularmente controversial, pero es preciso hacer notar que igual convicción subyace a la reflexión más honda producida por la tradición humanista moderna –consciente de los alcances del desarrollo tecnocientífico–, como ocurre con el proyecto kantiano de la paz perpetua. En todo caso, aquella previsión llama la atención sobre la extrema precarización de las condiciones que sostienen la vida en un

contexto en que los intereses corporativos se imponen sin restricciones de orden político.

La historia es por primera vez universal, pero en una situación en que la mayoría de seres humanos se halla excluida de la decisión sobre las condiciones que definen su destino; en que una minoría puede decidir su aniquilación, sin mayores posibilidades de defensa. Mientras los referentes de la pasión eran individuos, los ímpetus egoístas podían ser controlados. Pero su desborde se produce precisamente cuando corresponden a poderosas corporaciones que se tornan fines en sí mismas, proyectando peligros como el de la depredación de la biosfera, la instrumentalización de la genética o, en un escenario plausible, el vaciado del planeta, excluyendo de ella a los sobrantes. Este es el elemento que arroja dudas sobre cuán democrático será el futuro y pone frente a nosotros la necesidad de fundar un nuevo orden, basado en motivaciones distintas para la acción; un orden que permita superar la inseguridad que actúa como elemento directriz y de perpetuación del orden actual.

En ese escenario sitúa nuestro pensador su reflexión sobre el Perú y su destino. Haciendo notar que el nuestro ha sido uno de los mayores espacios de experimentación de proyectos de vida colectiva, particularmente en el horizonte utópico de la modernidad, nos invita a sacar ventaja de ello persistiendo en el proyecto inconcluso de invención de un orden universalizable, proyecto que la minoría favorecida por el orden actual ha desechado.

Hallándonos entre los marginados de la tierra, nos corresponde revisar radicalmente los fundamentos sobre los que se impuso entre nosotros un orden social enclenque y anómico, que reproduce el temor y la desconfianza, graficados en la patética presencia de lo que Abugattás llama la cultura del vivo, del “pendejo”, cuya hegemonía torna la nuestra una sociedad inviable.

Aquella desconfianza, cristalizada como forma de vida, da cuenta de la perpetuación en la república de la lógica colonial, que establece un orden excéntrico, basado en la defensa de los privilegios de una minoría que, sintiéndose visceralmente ajena a las mayorías portadoras de horizontes culturales distintos al occidental, comprometió su destino a la condición de intermediaria del dominio de las potencias modernas a las que siempre se consideró culturalmente afín, facilitando su presencia depredadora en nuestro espacio.

Por ello es que, en sentido estricto, no se hallan, a juicio de nuestro autor, elementos relevantes que den cuenta de la presencia en nuestra vida colectiva de un “pacto social” en la lógica de la modernidad, que supone individuos moral y jurídicamente iguales. La cohesión social en nuestro medio obedecería, más bien, a la lógica premoderna de la solidaridad corporativa entre los adherentes a un grupo constituido

en torno a intereses particulares, lógica de vida funcional a la cultura de la viveza, del desconocimiento de las normas colectivas, del desprecio y aprovechamiento del otro. Por ello, afirma que, en sentido estricto, no hay sociedad civil en el Perú.

Desde esa perspectiva, resulta de sumo interés la valoración que establece del fenómeno de desborde del Estado, que caracteriza a las últimas décadas en nuestro país, pues la define como un proceso ambiguo; de liberación de energías, por una parte, pero también de glorificación de la informalidad y la viveza corrosiva que da cauce a una energía ciega, sin metas conscientemente compartidas. Haciéndonos notar que ninguna sociedad moderna se ha construido de manera espontánea, nos alerta que el desborde ciego, inercial, de las energías conduce a seguir la corriente global, predominante, aquella que nos condena a la marginalidad.

Por eso la importancia de comprender el mundo y sus corrientes capitales. Para definir nuestro rumbo; para resistir la inercia articulando una gran voluntad política que nos permita hacer historia en grande. No nos faltan recursos para ello, nos dice nuestro filósofo; nuestro problema es la ceguera colectiva, nuestra actual manera de ser, la incapacidad y corrupción de nuestras élites, su espíritu de gamonalismo, excluyente e in-solidario con sus compatriotas.

Hace falta encausar la inmensa energía social de ese magma que es hoy el Perú, para fundar en este territorio una sociedad inclusiva y viable. Se precisa para ello lograr el compromiso de una población desencantada y ello solo puede ser posible fijando un horizonte –un mito, como diría Mariátegui– ambicioso, que proponga una aventura histórica de gran envergadura, que no puede ser sino la fundación de una civilización alternativa al proyecto occidental que hace tiempo dejó de ser una apuesta por la libertad y enrumbó por un modelo de vida excluyente, no universalizable. ¿Cómo asumir sus patrones de consumo, sin acelerar la catástrofe ecológica? Es posible, nos dice, un orden alternativo. Otro mundo es posible. Aquella convicción se multiplica en la pluralidad de movimientos sociales que propugnan otra globalización. Nos queda la certeza de que Juan nos anima y nos acompaña en ese propósito, para, como él lo hiciera, remontar la adversidad; apostando, como él, por la vida, empresa que solo puede llevarse a cabo plenamente con sentido de colectividad, aquel que él cultivó con integridad, con una belleza que siempre irá asociada a su memoria.